

## **“Mi Papá, los Toros y Yo”**

(Cap. 6, de *In Another Place, With and Without my father* Norman Mailer)

Susan Mailer

En esas largas estadías en México mi padre se enamoró de las corridas de toros. La puesta en escena taurina lo cautivaba. Los cuerpos delgados de los toreros engalanados con pantalones ceñidos, boleros adornados con brillos, las medias rosadas, los zapatos delicados parecidos a zapatillas de ballet, y el pequeño sombrero distintivo del siglo XVIII, contrastaban con su contrincante, un toro vigoroso, enorme, símbolo de virilidad. Sin duda le intrigaba la naturaleza paradójica de la escena: la masculinidad femenina del torero al lado de la brutalidad del duelo. Un verdadero baile de la muerte.

Veinte años antes, en España, Ernest Hemingway también había sido capturado por las corridas, y para Norman, al igual que para muchos escritores de su generación “Papá Hemingway” era un modelo a seguir. No dudo que la tauromaquia se convirtió en una manera de sentirse más cerca de la masculinidad alfa que exudaba Hemingway, algo que ya por ese tiempo era fundamental para mi padre.

La primera vez que fui a una corrida con mi papá tenía cuatro o cinco años; en esa ocasión Adele, su esposa, se quedó en casa, por lo que nuestra excursión adquirió un toque especial; estaríamos solos él y yo en una aventura que me había dicho sería inolvidable.

Cerca de las doce salimos del departamento de mi mamá llegando a la Plaza de Toros a la hora de mayor calor. Olas de personas agolpadas en la entrada, con sus boletos en mano, esperaban pacientemente entrar al lugar. Felizmente la fila avanzó con rapidez, y con relativa facilidad encontramos nuestros asientos. Divisé varios hombres con bandejas que colgaban de sus cuellos por una correa, repletas de papas fritas, dulces y bebidas, y que recorrían las gradas en todas direcciones.

Cuando se acercaron más a nosotros mi papá los llamó pidiendo una Coca Cola, charritos para mí y una cerveza Sol para él. La Plaza estaba llena, el ambiente era festivo, y yo, impaciente, deseaba que empezara la función. Mi papá me había dicho:

—Vas a ver algo muy especial que te va a encantar.

A nivel de la arena había una pared de tablones de madera con varias entradas camufladas que daban a un pasadizo interno, el cual recorría la circunferencia de la Plaza. No alcancé a preguntarle a mi papá para qué eran esas entradas, porque en ese momento se escucharon las trompetas indicando el inicio de la corrida.

La Plaza quedó en silencio.

Miré a mi papá y le tomé la mano. Me levantó y me sentó en sus piernas, desde las cuales podía ver todo lo que estaba sucediendo. Primero entraron los matadores con sus capas adornadas al hombro, les seguían los picadores montados en sus caballos, y la cuadrilla que incluía a los banderilleros y demás toreros. Todos caminaban pausadamente al ritmo potente del paso doble. Le dieron una vuelta entera a la arena y salieron por las aperturas camufladas que había visto antes.

La música paró. El público esperaba en silencio, se escuchaban papeles moviéndose en la brisa.

De repente, del lado opuesto de donde estaba sentada, emergió un enorme toro negro. Corría moviendo su cabeza a izquierda y derecha, listo para atacar a cualquiera que se le pusiera enfrente. Era un animal poderoso, cuya piel brillaba al sol. Corrió, levantó sus patas traseras y embistió con sus cuernos las barreras de madera. Luego se detuvo, levantando su cabeza, observando su entorno, listo para la batalla.

Desde una de las salidas camufladas apareció un torero con capa en mano. Lentamente se dirigió hacia el toro mientras los dos se observaban con cautela, midiendo sus fuerzas. El torero se acercaba con pasos cortos, al mismo tiempo que iba abriendo su capa. Una vez desplegada la movió, llamando al toro —, Aja Toro: le dijo en voz alta. Este, que seguía el movimiento de la capa, inclinó su cabeza y corriendo hacia el torero pasó sus cuernos por debajo de la capa hasta el otro lado.

El torero quebró su cintura y dio media vuelta con la capa ceñida al cuerpo.

—¡Ole! —Exclamó el público.

Una vez más el torero se plantó frente al toro, y este de nuevo pasó por debajo de su capa. Con cada verónica el público se excitaba más, y el “Olé” colectivo reverberaba por la plaza. Yo seguía la escena con mucha atención y al mismo tiempo observaba la cara de mi papá. Junto con el resto del público él también gritaba, pero yo, en una esquina de mi mente infantil, intuía que algo malo le iba a pasar al toro. Sentía que lo podían provocar, o hacerle burla. Así que le pregunté:

—¿Papá, crees que el toro está asustado?

—El toro no está asustado, creo que se está divirtiendo, así que no te preocupes por él —Me respondió.

Aun así, me mantuve alerta, tratando de balancear lo que yo percibía y lo que las palabras tranquilizadoras de mi papá comunicaban.

Mi padre, observando la expresión de mi cara, me dijo:

—Susi, piensa en este espectáculo como si fuera un concurso. Uno de los dos va a ganar. El que pierda va a estar triste porque perdió. El que gane estará contento. Esto es lo que pasa cuando hay una competencia.

Con absoluta seguridad le respondí —Quiero que gane el toro.

Se produjo una pausa. El torero salió de la plaza y las trompetas señalaron la entrada del picador, un hombre montado sobre un caballo protegido con mantas acolchadas por los lados y anteojeras. El hombre llevaba un palo muy largo que al final tenía algo que parecía un pequeño cuchillo de metal.

El toro, parado sin moverse, observaba al hombre montado.

—¿Qué pasa papá? ¿Quién es ese hombre con el palo? —Pregunté en mi inglés salpicado de modismos mexicanos. —¿Y por qué no se mueve el toro? ¿Tiene miedo?

A estas alturas mi padre captó que tenía un problema entre manos. Sabía que vendrían escenas violentas en el próximo encuentro entre el picador y el toro,

y yo, con lo que había presenciado hasta el momento, ya estaba preocupada por el toro y por lo que le podría pasar.

Me dijo: —Susi, estos hombres son los malos. Van a tratar de ganarle al toro. Veamos qué pasa.

Y como si lo hubiera escuchado, el toro corrió hacia el caballo enterrando sus cuernos en el lomo acolchado del animal. La furia del animal ayudó al picador a enterrar su palo de punta afilada en el morrillo del toro. Furioso, este empujaba al caballo hacia las barreras de madera de la plaza, pero entre más lo embestía, más profundo le enterraba el picador la punta filosa.

—Papá –susurré– no me gusta este hombre.

Mi corazón latía furiosamente quitándome el aliento. Me quería ir, pero al mismo tiempo me quería quedar. Estaba preocupada por el caballo y el toro, y odiaba al hombre del palo filudo.

—El hombre malo está tratando de cansar al toro. —Me informó mi papá. —Pero también está en peligro, porque si se cae el toro le va a pegar con sus cuernos.

—Pero papá, si se cae el caballo el toro le va a pegar con sus cuernos al caballo, no al hombre. Y el hombre malo va a salir corriendo. Y no le va a pasar nada.

—Tienes razón, mi amor, pero eso es lo que hace que todo esto sea tan interesante. Nunca sabes lo que va a pasar. Yo creo que el caballo va a estar bien, y también el toro, aunque quede un poco adolorido y cansado.

—Papá —dije con absoluta firmeza—. Quiero que se vaya ese hombre malo.

En ese momento sonó la trompeta indicándole al picador su salida. Sacó el palo del cuello del toro, pero este seguía enterrando sus cuernos en el costado protegido del caballo. No lo soltaba. Así que varios toreros con sus capas abiertas se acercaron a distraer al toro, el cual levantó la cabeza permitiendo la salida del picador y su caballo.

El toro se quedó parado, inmóvil. Se notaba cansado. Me daba cuenta de que estaba enojado y pensé que probablemente ya se quería ir a su casa.

El eco de la trompeta se escuchó en toda la plaza. Entró el banderillero. Este torero en vez de capa sostenía dos palos adornados de papel de muchos colores, uno en cada mano. El toro, todavía parado en el mismo lugar, parecía no haberlo visto, hasta que el torero, arqueando su espalda, levantó las banderillas por encima de su cabeza. Alertado por el movimiento, el animal emprendió la carrera hacia el hombre, el cual esperó el momento preciso para hundir las banderillas en el mismo lugar donde el picador había hecho su trabajo.

Una vez colocadas las banderillas el hombre se hizo a un lado y salió corriendo de la plaza al mismo tiempo que apareció otro banderillero. Se repitió el ritual entre hombre y animal, solo que esta vez una de las banderillas saltó del lomo del toro y cayó al suelo. Finalmente, un tercer hombre entró y a paso rápido se acercó para colocar las banderillas. Pero el toro, que había aprendido el ritual, levantó su cabeza tratando de cornear al hombre, quien asustado salió corriendo de la plaza con las banderillas en mano, mientras el público lo abucheaba.

Mi desazón aumentaba a medida que transcurría la función. Me daba cuenta de que el toro estaba sufriendo, y me dio tanta lástima que sentí ganas de llorar. Le pregunté a mi papá

—¿No crees que el toro se quiere ir a su casa? ¿Por qué no paran todo ahorita y lo dejan irse?

—Mi amor —me respondió mi papá—, el toro está cansado, pero no se quiere ir a casa todavía. No antes de terminar. A veces cuando estás haciendo algo, como jugando, y ves que estás perdiendo, puede ser que te quieras ir. Pero es importante que te quedes hasta el final porque nunca sabes..., puedes tener una segunda oportunidad. Yo creo que el toro se siente así; está pensando cuál va a ser su próximo paso.

No muy convencida seguí preguntando:

—Papá, ¿por qué estos hombres malos le meten esos palos filudos en el cuello?

—Quieren que se canse el toro. No te olvides que es muy fuerte y el torero que viene ahora va a pasar su capa muy cerca del toro. Si no está suficientemente cansado podría hacerle daño.

Yo estaba más preocupada de la sangre que salía a borbotones del cuello del toro y escurría por su lomo, que del posible daño que podría recibir el hombre de la capa. Sabía que el toro estaba muy lastimado, así que le dije a mi padre:

—Papá ¿y esa sangre? ¿Y esos palos que le clavaron en el cuello? ¿Le duele mucho?

Mirándome a los ojos y con expresión serena, mi padre me dijo: —Eso no es sangre, es pintura roja.

—¿Pintura roja? —dije sorprendida— ¿Por qué le echan pintura roja?

Aun para una niña pequeña, lo que decía mi papá era poco creíble. Años después mi padre contaría la historia de cómo me había llevado a las corridas de toros y de lo valiente que era a esa temprana edad. Le era tan importante que yo fuera arrojada, sin miedo, no como el niño frágil y sensible que había sido él. Pero me pregunto si en ese momento no habrá sentido un aguijón de remordimiento.

—Papá, ¿estas seguro que eso es pintura roja y no sangre? —pregunté incrédula de nuevo.

Asintió con la cabeza y me dijo:

—Esos palos y la pintura roja le dan colorido a la función y la hacen más entretenida. —Después de una pausa, me dijo: —¡Mira! ¡Ahora va a pasar algo realmente importante! Y después de eso el toro se podrá ir a su casa.

Era cierto, porque justo en ese momento entró otro torero que parecía más importante que todos los anteriores. El público miraba en silencio esperando el siguiente acto del espectáculo.

Yo observaba al toro: se veía muy cansado, su cabeza estaba baja y le salía espuma blanca de la boca. Movía sus pezuñas removiendo la tierra de la arena, sin moverse de su lugar.

El matador, capa en mano, exclamó —¡Aja Toro! — y abriendo su capa totalmente la sacudió varias veces, invitando al toro a moverse. Finalmente éste corrió hacia el torero, quien se dio media vuelta sobre sus talones, dejando que el animal pasara por la capa, la cual brevemente envolvió al torero. Abrió de nuevo su capa y el toro pasó una vez más por la tela ondeante. Y de nuevo, y otra vez más.

En cada verónica el público rugía al unísono “¡Olé!”, mientras hombre y animal se movían al ritmo de la capa.

Esto me gustaba. Parecía que estaban bailando. De repente escuché el sonar de tambores y pensé: “Ahora sí va a pasar algo importante”.

De su capa el torero sacó una espada muy larga que resplandeció al sol. Se encontraba a varios metros del toro, el cual estaba resollando, buscando el momento de cargar contra el hombre. El torero arqueó la espalda al mismo tiempo que se ponía en puntillas. Con la espada en ángulo y el ojo fijo en el toro, corrió hacia él y hundió la espada limpiamente en el morrillo del animal, entre su cabeza y sus hombros.

Silencio en la plaza.

El toro cayó de rodillas, su cabeza tocó el suelo. Entonces, muy lentamente, cayo de espalda y se quedó inmóvil.

¡El público aplaudía locamente gritando --¡Oreja, Oreja!--.

Una oreja del toro como premio para el matador.

Y yo agitada pregunté: —Papá, papá, ¿qué pasó? ¿Está muerto?

Muy seriamente me dijo: —El toro está muy cansado. Ahora va a dormir.

Mientras me decía esto, un par de hombres encadenaban las patas del toro a una carreta que lo arrastró fuera de la plaza.

Al salir, el público aplaudió.

—Papá ¿por qué lo están sacando así? —pregunté sumamente agitada.

—Porque está tan cansado que no se puede mover.

—¿Y por qué aplaude el público?

—Aplauden por el toro, porque fue muy valiente y peleó muy bien. Quieren que el toro lo sepa, aunque está tan cansado que no puede salir caminando.

—Y aunque él no los pueda escuchar porque está durmiendo. —Agregué tratando de convencerme.

No sabía que esa había sido la primera corrida de la tarde y faltaban cinco

más. No tengo ningún recuerdo de las otras corridas ya que muy rápidamente me quedé dormida, recostada sobre las piernas de mi padre.

Hoy me pregunto si es posible que realmente le haya creído a mi papá esta historia inverosímil. Lo dudo. Pero sí estoy segura de que *quería* creerle con todo el corazón. Esa noche, cuando me llevó a casa, le conté a mi mamá lo mucho que había disfrutado la corrida de toros. Le hablé de la música, de los trajes, del picador malo y el matador. Agregué que había estado preocupada que lastimaran al toro, pero me había sentido mucho mejor cuando mi papá me había explicado que el toro no estaba lastimado de verdad. Le ponían pintura roja para que pareciera sangre y luego lo arrastraban fuera de la plaza, como si estuviera muerto, pero en realidad estaba dormido.

Mi mamá me escuchó tranquilamente con una sonrisa apenas dibujada en la esquina de su boca. Y luego, con ese estilo directo tan de ella, me dijo: —Susi, creo que tu papá se equivocó. El toro sí se muere y lo rojo que viste era sangre.

Pero no quise creerle, y el domingo siguiente salí feliz con mi papá a la Plaza de Toros.

Aún ahora, cuando pienso en la corrida, las imágenes del toro brutalmente lastimado por la lanceta del picador o llegando a su muerte por la espada certera del matador aceleran mi pulso. A los cinco años mis emociones eran aún muy intensas. Me gustaba el toro, y odiaba con pasión a los picadores. Probablemente sabía que lo que estaba viendo era real y no un simple espectáculo. El toro sufría y la espada del torero lo mataba.

No era la única niña pequeña en la Plaza de Toros. Las corridas eran una excursión familiar y había muchos niños corriendo, subiendo y bajando las gradas de la Plaza, lo cual probablemente era una buena excusa para que mi padre, ignorando su sentido común, me siguiera llevando a las corridas. Recuerdo vívidamente sentimientos opuestos. Quería no regresar más a la Plaza y al mismo tiempo esperaba a mi papá con ansias todos los domingos. Me encantaban la música, el paso doble, los redobles del tambor, la puesta en escena. Y también la contagiosa excitación y algarabía del público. Al mismo tiempo aprendí a cerrar los ojos cuando entraba el picador y a quedarme dormida antes que mataran al toro.



Reflexionando sobre aquella época es evidente que la corrida fue una oportunidad para hacer algo con mi padre que sabía le apasionaba. A pesar de la intensa angustia que me provocaba la violencia desplegada contra el toro, esta se compensaba por estar al lado de él y ser la niña valiente que mi padre tanto valoraba. Esas excursiones dominicales se convirtieron en un puente más en nuestro lazo filial. Un lazo que revisitaríamos en mi adolescencia.

En 1966, a los 16 años, mi papá me pidió que lo ayudara a traducir al inglés "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías", de Federico García Lorca; cuatro poemas desgarradores escritos en honor al matador Sánchez Mejías que había llegado a su muerte en la arena. Según Norman, el traductor oficial de Lorca al inglés no había logrado capturar la belleza ni el ritmo de los poemas, así como tampoco había entendido el pathos de la corrida de toros. Nos embarcamos en un plan diseñado por mi padre; yo traduciría literalmente los poemas al inglés y mi papá les daría el sabor poético.

Mientras hacía mi trabajo la calidad brutal y sensual de la corrida me llenó los sentidos una vez más. Recordé de nuestras excursiones a la Plaza de Toros y las emociones contradictorias que había experimentado hacía 10 años. Pero no quise detenerme en esas emociones. Me sentía tan orgullosa de ser coeditora de la traducción de los poemas de Lorca, que cualquier cuestionamiento sobre el sentido común de mi padre fue desechado.

Nuestro trabajo fue publicado en 1972 en una recopilación de sus ensayos con el título *Existential Errands*. La dedicatoria decía: A Barbara, a Susan, a Adelaine, y a Al. Mi libro tenía la siguiente inscripción:

"Ahora que eres famosa es posible que estés lista para el existencialismo, querida M'Gusu". El último, era una contracción de uno de sus diminutivos favoritos para mí en mi infancia, Susu M'Gusu.

No me quedó muy claro lo que quiso decirme con estar lista para el existencialismo, pero me sentí en las nubes al ver mi nombre brillando al lado del suyo.